

## **Influencia de Góngora en la lírica hispano-americana**

\* \* \*

Por José M.<sup>a</sup> OCAÑA VERGARA

Si repasamos la historia de la lírica española, observaremos que algunos poetas han ejercido una influencia decisiva en determinadas épocas en el mundo poético hispano. La mayor innovación de nuestra poesía durante el Renacimiento —dice Díez-Echarri— y que más honda huella dejará en siglos posteriores es el movimiento petrarquista, merced a la labor de Boscán y consolidación definitiva de Garcilaso de la Vega.

Durante el Barroco, Góngora dejará marcada su impronta inigualable de poeta formalista con una obra de decantada belleza, que, tras múltiples vicisitudes e incomprensiones, ejercerá una influencia decisiva en épocas posteriores.

Gustavo Adolfo Bécquer, en un momento en que el Romanticismo se bate en plena retirada por el asedio de una poesía almibarada y hueca, tipo Campoamor y Núñez de Arce, se yergue esplendente para dejarnos exultantes muestras de un lirismo personal, transido de intensísima emoción. Bécquer nos enseñó los más profundos misterios de una poesía quintaesenciada y purísima, cual genial ruiñeñor del alemán Heine. El nos enseñó a poetizar con las libertades métricas de rima y metro, como espectacular anticipo del Modernismo y movimientos vanguardistas. Su voz sencilla y directa nos llega cargada de efusión, misterio, esperanza, amor, celos y angustia. Poesía, en conjunto, alada y etérea, acomodada a las numerosas manifestaciones de un alma plenamente romántica.

Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, en distintos momentos, han ejercido una notable influencia entre los poetas coetáneos, a los que enseñaron el misterio insondable de la obra perfecta o el profundo entusiasmo de un corazón profundamente humano. Estas cinco figuras de nuestra lírica han ejercido un magisterio constante en los poetas españoles que han sabido apreciar la belleza inigualable de sus producciones y su valoración altamente estimativa.

Pero volvamos a nuestro inmortal paisano don Luis de Góngora y Argote. El genial poeta cordobés no sólo se nos muestra como un astro de primera magnitud, por encima de gustos y escuelas, sino que acertó a llevar la poesía hispana a sus más altas cotas. Numerosos críticos, entre los que podríamos citar a Eugenio D'Ors y Francisco Cirre, han afirmado que el Barroco ha sido «la mayor aportación hispánica a la cultura humana». Gracias a Góngora nuestra poesía alcanzó uno de sus momentos culminantes, de proyección universal por primera vez. El vate cordobés supo crear un lenguaje especial para la poesía con la búsqueda y empleo de palabras diferentes de las vulgares, de giros insólitos, metáforas, paráfrasis y transposiciones que realzaron la elocución. Este juicio, emitido por el abad de Rute, proclama claramente la esencia de un estilo poético que, aunque vilipendiado por muchos, alcanzará majestad insuperable en épocas más modernas, gracias a los poetas parnasianos y simbolistas franceses y Rubén Darío, entre otros.

Su léxico suntuario y colorista, que arranca de Petrarca, el frecuentísimo uso de voces cultas con las que enriqueció notabilísimamente nuestro idioma, sus atrevidas metáforas e imágenes revividas posteriormente por los vanguardistas y, en definitiva, su culto perenne a la belleza, crearán y modelarán un tipo de poesía insuperable. «Góngora es distinto de todos los demás líricos –dice Pabst–, pues, el tema de sus poesías no es su propio yo, sino la belleza, la idea, el ideal de la belleza».

El poeta cordobés convirtió en materia estética toda la naturaleza, y aquí reside su misterio y valor eternos: crear algo que cautive la vista, el oído o la mente lo mismo que entusiasmo inmediatamente contemplar la belleza pura, oír la música pura, conocer el resultado del raciocinio.

Pero Góngora no sólo se contentó con crear excepcionales monumentos líricos, entre los que podríamos citar sus *Soledades*, *Fábula de Polifemo y Galatea*, *Toma de Larache*, *Panegírico al duque de Lerma* y sus incontables tesoros dispersos en inolvidables sonetos, sugeridores romances y burlescas letrillas, amadas intensamente por el pueblo, sino que creó una auténtica escuela. La influencia de Góngora se dejará sentir hasta en sus mismos enemigos. Quevedo, Lope de Vega, Jáuregui, entre otros, se rindieron a su estro poético, aunque intentaran zaherirle con punzantes muestras poéticas de clara manifestación envidiosa.

Pero si tuvo enemigos, muchos más fueron los que siguieron sus intuiciones líricas con el profundo respeto de discípulos y admiradores sinceros. Juan de Tassis Peralta, Conde de Villamediana, Pedro Soto de Rojas, Gabriel Bocángel y Unzueta, Francisco de Trillo y Figueroa, Salvador Jacinto Polo de Medina y el Abad de Rute, configuraron una espléndida serie de poetas que pusieron muy alto el culto gongorino y la exaltación de una bella poesía formalista.

El influjo de Góngora se manifestó sobradamente en la nación vecina, Portugal, como lo manifestara José Ares Montes, donde numerosos poetas cultivaron las atrevidas formas culteranas en un decantado y limpio castellano, idioma que se hablaba en numerosos círculos, a la sazón, en la patria de Camoens. Pero donde el influjo de Góngora alcanzó cotas altísimas fue

en América. Los nombres de Sor Juana Inés de la Cruz, Pedro de Peralta y Barnuevo, Juan Espinosa Medrano, Hernando Domínguez Camargo, Luis de Tejeda y Carlos de Sigüenza y Góngora conforman una nómina de inestimable valor al estudiar la lírica americana de aquellos momentos.

Por su especial importancia no nos resistimos a exponer algunos datos sobre Sor Juana Inés de la Cruz. Nacida en una alquería próxima a la ciudad de México, fue esta mujer un asombroso caso de precocidad, de afán de saber y de autodidactismo. A los catorce años ya era famosa por su saber y por su creación poética de cuidada elaboración formal, en cuyos artificios se encuentran numerosísimas reminiscencias de la lírica gongorina. Su obra de mayor empeño fue *Primero sueño*, imitación de las *Soledades* gongorinas y, al igual que éstas, compuesta en silvas.

Don Carlos de Sigüenza y Góngora, emparentado con el poeta cordobés, escribió desde su juventud bajo el influjo culterano. Entre sus más destacadas obras distinguiremos las siguientes: *Paraíso occidental*, *Glorias de Querétaro* y *Triunfo parténico*, en la que pinta con vibrantes colores el barroco novohispano, con prosa y lírica sabiamente recargada.

Tanto en América como en España Góngora ejerció a lo largo del siglo XVII y parte del XVIII un influjo tan decisivo que llegó, sin él proponérsele, a crear todo un ambiente literario o escuela de características perfectamente delimitadas.

Durante el siglo XVIII, salvo escasas reminiscencias, Góngora fue un desconocido por el triunfo total del Neoclasicismo de cuño francés. Su revalorización llegará a finales del XIX cuando los efluvios románticos están en sus últimos estertores. Como afirma Dámaso Alonso, la reivindicación gongorina se inició a finales del siglo pasado con los poetas simbolistas franceses. Es triste reconocerlo, pero el origen de la admiración actual por Góngora no tuvo lugar en España. Mientras la poesía española del siglo XIX —dice Dámaso Alonso— se va haciendo pobre en forma y en espíritu y burguesa o declamatoria, según se vence la cuesta de la segunda mitad de la centuria, en Francia se está produciendo un admirable desarrollo lírico que seguramente excede al de la misma nación en el Renacimiento. Una escuela, la parnasiana, une al cultivo riguroso de la forma la acumulación de materias preciosas y de fastuosos colores, colocados frecuentemente bajo la luz de exóticos y brillantes cielos. Y a ésta sucederá la escuela simbolista, que introducirá los matices delicados de expresión, de color y sonido, forzando las asociaciones metafóricas entre elementos antes absolutamente separados. Y junto con estas notas, el Simbolismo desarrollará el gusto por lo raro, lo refinado y recóndito.

Corresponde a esta escuela, la simbolista, la gloria auténtica de haber iniciado el gusto por la obra gongorina. Paul Verlaine, su figura principal, despertó el interés de su generación por el poeta cordobés. Rubén Darío lo absorbió y extendió por España. La admiración del poeta galo rayaba en auténtica veneración. El adoptó el último verso de las *Soledades* gongorinas como lema de una poesía propia. El incitó el fervor por Góngora en el poe-

ta Jean Moreas, que tenía la costumbre de saludar a Rubén Darío gritándole: «Viva don Luis de Góngora y Argote».

Junto a la genial intuición de Paul Verlaine destacaremos también la de Mallarmé, poeta situado en una posición excepcional y excelsa dentro del Simbolismo. Mallarmé mostró numerosos puntos de coincidencia con el autor de la *Fábula de Polifemo y Galatea*. Un riguroso estudio expuesto por Dámaso Alonso demuestra que fue Francis de Miomandre quien en sus *Cuestiones gongorinas* explicó el acercamiento entre ambas figuras.

Las principales concomitancias entre ambos poetas serían las siguientes: la misma evolución desde la facilidad interpretativa inicial de las primeras poesías hacia una creciente dificultad; el humor, la malicia y la cortesía pomposa y delicada de numerosas composiciones ocasionales; el gusto especial por algunos temas (las flores, la pedrería, los ríos, las aguas cristalinas, etc.); la analogía y el símbolo de numerosos temas; el conocimiento del valor exacto de los vocablos, su aquilatada selección y colocación hiperbática; el deseo de sacar de ellos el maximum de poder evocador, lo mismo desde un punto de vista descriptivo que de armonía, y, sobre todo, el haberse creado cada uno su propio universo transido de esplendente belleza.

Tras Verlaine y Mallarmé, fue Rubén Darío el principal artífice de la revalorización de Góngora para la etapa modernista. Los tres sonetos de su «Trébol», incluidos en *Cantos de vida y esperanza*, son una palmaria prueba de la sincera admiración del poeta nicaragüense por el vate cordobés:

Como la Galatea gongorina  
me encantó la marquesa verleniana...

diría Rubén Darío, enamorado de una forma poética de prístina belleza formal, sensualista, cromática y sugerente.

El siguiente cuarteto muestra claramente la total afinidad rubeniana por la estética gongorina. La riqueza léxica, el brillante hipébaton y la claridad cromática emergen gallardamente en estos sintonemas versales que nos retrotraen a la época culterana:

Mientras el brillo de tu gloria augura  
el ser en la eternidad, sol sin poniente,  
fénix de viva luz, fénix ardiente,  
diamante parangón de la pintura.

El tema del rapto de Europa por Júpiter convertido en toro, base de las primeras estrofas de las *Soledades*, volvemos a encontrarlo artísticamente elaborado por el poeta modernista en el poema «Marina», incluido en *Cantos de vida y esperanza*:

Velas de los Colones  
y velas de los Vascos,  
hostigadas por odios de ciclones  
ante la hostilidad de los peñascos,  
o galeras de oro,  
velas purpúreas de bajeles  
que saludarán el mugir del toro

celeste, con Europa sobre el lomo,  
 que salpicaba la revuelta espuma.  
 Magnífico y sonoro  
 se oye en las aguas como  
 un tropel de tropeles,  
 tropel de los tropeles de tritones.  
 Brazos salen de la onda, suenan vagas canciones,  
 brillan piedras preciosas,  
 mientras en las revueltas extensiones  
 Venus y Sol hacen nacer mil rosas.

Un detenido análisis de «Trébol», conjunto de tres sonetos rubenianos, incluidos en *Cantos de vida y esperanza*, nos revela claramente la admiración del príncipe del Modernismo por don Luis de Góngora. Aquél se propone, según Dámaso Alonso, asociar al nombre de una gloria nacional que todo el mudo ensalza (Velázquez), el de otra que muy pocos celebraban en aquella época (Góngora). Para ello, en el primer soneto, titulado «De D. Luis de Góngora y Argote a D. Diego de Silva y Velázquez», finge que el alma o la sombra de Góngora se dirige a la del artista sevillano recordándole la fecha en que fue retratado por el pincel del genial pintor.

En el segundo soneto responde Velázquez de la misma forma, testimoniando cómo ya el noble coro de las liras comienza a cantar las alabanzas del poeta de las *Soledades*, al tiempo que le augura un resurgimiento a la gloria dentro de España.

En el tercer soneto, y asociando siempre al pintor y al poeta, pone Rubén Darío la primera piedra para la gloria definitiva de Góngora en su patria, en América.

Las alusiones laudatorias del autor de *Azul* al vate cordobés son constantes en toda la obra, verdadera miniatura culterana en plena época modernista:

en los celestes parques al Cisne gongorino  
 deshoja sus sutiles margaritas la luna.

El símbolo básico del Modernismo, el cisne, aparece convertido en sustancia poética metaforizada. La poesía de Góngora es tan excelsa, nos viene a decir Rubén Darío, que ella es el cisne canoro por excelencia.

El elogio hiperbólico modernista brilla en la siguiente definición constreñida en dos sintonemas o grupos melódicos alejandrinos:

y tu castillo, Góngora, se alza al azul cual una  
 jaula de ruiseñores labrada en oro fino.

Imposible exponer toda la diadema laudatoria hacia Góngora, poeta renacido por los simbolistas franceses y Rubén Darío, básicamente. En otra ocasión, el poeta americano establecerá una bella comparación, en forma de metáfora, entre el clasicismo griego y el arte español barroco simbolizado en Velázquez y en Góngora:

Gloriosa la península que abraza tal colonia.  
 Aquí bronce corintio y allá mármol de Jonia.  
 Las rosas a Velázquez y a Góngora claveles.

Rubén Darío, poeta amante de la consigna hegeliana «El arte por el arte», como ya preconizara Góngora, supo de todas las escuelas –según José Agustín Balseiro–, de todos los poetas, de pintores, de Grecia, de Roma, de las ciencias modernas y antiguas. Rubén Darío trajo a nuestra lengua una aleación rara y preciosista. Innovador como Garcilaso, fue oteador de la belleza total y encontró en los parnasianos y simbolistas savia eficiente para sus creaciones magistrales. De ellos aprendió el auténtico culto por Góngora y su magisterio insuflará a las jóvenes generaciones que seguirán sus consignas poéticas.

Si el resurgimiento feliz del poeta cordobés se había logrado ya, la exaltación posterior vendrá de la mano de Dámaso Alonso, el más genial estudioso de la obra y vida del vate culterano, al que se unirán los restantes miembros de la Generación del 27.

Pero antes quisiéramos detenernos brevemente en el influjo gongorino del movimiento vanguardista conocido con el nombre de Ultraísmo. Este fue un movimiento literario español e hispanoamericano nacido en 1919, que intentó asimilar las formas vanguardistas extranjeras. Entre sus principales objetivos se contaban la eliminación de lo sentimental y anecdótico de la poesía anterior y el deseo de conseguir una poesía libre de todo convencionalismo. Entre sus principales representantes podríamos destacar a Guillermo de Torre y a Gerardo Diego, en su primera época. Los poetas ultraístas volvieron a saludar calurosamente la sombra de Góngora, cual su predecesor, como ya habían hecho los modernistas a principios de siglo. Lo que acercaba este movimiento a Góngora –como en el caso de Mallarmé– fue el papel primordial de la metáfora, como afirma Dámaso Alonso en su documentadísimo ensayo «Góngora y la literatura contemporánea».

El Vanguardismo español, representado básicamente por Ramón Gómez de la Serna, Gabriel Miró, Pérez de Ayala y Ortega y Gasset, en la novela y en el ensayo, respectivamente, manifestó una profunda admiración por el cultismo literario gongorino. Pero será, sin duda, la Generación del 27 la que honrará y extenderá la obra y la fama del poeta cordobés. Imposible analizar en el breve contenido de este trabajo el fervor que cada uno de sus integrantes manifestó para con don Luis de Góngora y Argote. Resumiendo diremos que Jorge Guillén mostró un profundísimo respeto por el autor de las *Soledades*. Su admiración por Góngora está bien demostrada por una tesis doctoral (desgraciadamente inédita), por sus numerosos artículos en *La libertad* y en *La gaceta literaria*, su compromiso de editar las composiciones gongorinas en octavas reales, pero, sobre todo, por su insaciable codicia de perfección, cultismos y metáforas de raigambre gongorista. Federico García Lorca intentó la continuación de las *Soledades* y pronunció una conferencia en Granada en la que expresó su más profunda admiración por el escritor cordobés.

Alberti recogió innegables huellas gongorinas, que trasplantó a sus poemas culteranos de *Cal y canto*. En la forma y en la temática, el influjo del poeta cordobés es muy patente como ha venido reconociendo constantemente la crítica. El uso continuado del hipérbaton, la reproducción del giro

de la silva y la alusión a la constelación de la lira, hecha sobre el modelo de las *Soledades*, proclaman claramente la deuda del escritor gaditano con Góngora.

Pedro Salinas, Mauricio Bacarise, Rogelio Buendía, José Moreno Villa, Vicente Aleixandre, Emilio Prados, José María Quiroga y otros muchos coinciden en el entusiasmo gongorino en 1927, fecha del tercer centenario del fallecimiento del vate cordobés.

Por primera vez en la historia de nuestra literatura —dice Dámaso Alonso— una generación entera de poetas, narradores, ensayistas y filósofos ha rendido al poeta de las *Soledades* el tributo que se le debía. Pero por encima de todos se yergue majestuosa la figura del insigne polígrafo don Dámaso Alonso. El fue el que desde las lejanas tierras inglesas, universidades de Oxford y Cambridge, supo penetrar en el maravilloso pero insondable hasta entonces bosque gongorino. El supo valorar en su más justa estima la creación excepcional de un poeta único, que sería la admiración de las jóvenes generaciones. El revivió, sacó de las cenizas, la figura esplendente de un poeta olvidado y desdeñado durante siglos.

Dámaso Alonso ha dedicado la mayor parte de su vida al estudio de la vida y obra del poeta cordobés. Gracias a él, hoy podemos recrearnos con las páginas profundamente líricas de sus ensayos *Estudios y ensayos gongorinos*, *Poesía española*, *Polifemo y Galatea*, *Las soledades* y tantos y tantos artículos que conforman la más maravillosa introspección que sobre un poeta jamás se haya realizado.

## BIBLIOGRAFIA

- ALONSO, Dámaso: *Luis de Góngora: Las Soledades*, Madrid, Revista de Occidente, 1927.
- ALONSO, Dámaso: «La lengua poética de Góngora», *Revista de Filología Española*, anejo XX, Madrid, C.S.I.C., 1950.
- ALONSO, Dámaso: *Estudios y ensayos gongorinos*, Madrid, Gredos, 1955.
- ALONSO, Dámaso: «Monstruosidad y belleza en el «Polifemo» de Góngora», *Poesía española*, Madrid, Gredos, 1950.
- ALONSO, Dámaso: *Góngora y el «Polifemo»*, Madrid, Gredos, 1960.
- ALONSO, Dámaso, y BOUSOÑO, Carlos: *Seis calas en la expresión literaria española*, Madrid, Gredos, 1951.
- BOUSOÑO, Carlos: *La poesía de Vicente Aleixandre*, Madrid, Gredos, 1977.
- COMAS, Antonio, y REGLA, Juan: *Góngora, su tiempo y su obra. Texto y estudio del «Polifemo»*, Barcelona, Teide, 1960.
- DIEGO, Gerardo: *Antología poética en honor de Góngora*, Madrid, Revista de Occidente, 1927.
- GALLEGO MORELL, Antonio: «La escuela gongorina», en *Historia general de las literaturas hispánicas*, vol. III, Barcelona, Barna, 1953.
- HATZFELD, Helmut: *Estudios sobre el Barroco*, Madrid, Gredos, 1964.
- SALINAS, Pedro: «Góngora (exaltación de la realidad)», en *Ensayos de literatura hispánica. Ensayistas hispánicos*, Madrid, Aguilar, 1958.